

CARTA DE INGLATERRA

NEGLIGENCIA DE LA IGLESIA
CON RESPECTO A LA GUERRA

Por Wilfredo A. HOCKEN

Desde tiempos inmemoriales, en el curso de las edades, los grandes maestros del pensamiento humano —filosófico o religioso— han condenado la guerra: Zoroastro, Buda, Confucio, Jesucristo, San Francisco, Erasmo, Tolstói, y, en nuestros días, Gandhi. Hace 1925 años que Cristo predicó su gran cruzada pacifista, hace cerca de catorce siglos que nuestras islas fueron cristianizadas por San Patricio, San Colombano y San Agustín. Y si nosotros hemos adoptado el cristianismo, la Iglesia no ha hecho nada para asegurar el triunfo de la paz. Muy largo tiempo ha sido apóstata, y uno se avergüenza de pensar que las guerras más atroces han sido, y son todavía, sostenidas por naciones cristianas. ¿No está la guerra en las antipodas de toda enseñanza cristiana y es la negación brutal de los preceptos del Señor y del apóstol Pablo?

No hay que temer insistir en ello: en sus esfuerzos para servir la causa de la Paz, la Iglesia ha fracasado lamentablemente. Si llega a seguir algunos preceptos cristianos, permanece extraña al sexto mandamiento. Ciertos cristianos, sin embargo, se acuerdan de él: "No matarás". De modo que hay, en definitiva, dos clases de cristianos: el pacifista y el guerrero. Si los primeros están en minoría, ¿no son sin embargo los verdaderos discípulos de Cristo, que repudian la guerra y todo lo que se relaciona con ella? La incompatibilidad del "soldado" y del "cristianismo" ¿no se deduce de la palabra de Cristo a Pedro cuando trató de defenderlo con la espada? y estas palabras ¿no constituyen hasta la condenación de la legítima defensa?

Ese mandamiento: "No matarás" ¿por qué la Iglesia lo ha eufemísticamente transformado en "No cometerás crimen"? ¿Por qué el natural? Ningún sofista podrá nunca hacer concordar la guerra con el cristianismo. Poco importa, por lo demás, hoy, que adoptemos la fórmula original o su interpretación. Los métodos actuales de guerra equivalen al crimen: muerte colectiva, en masa, sin distinción... Y la Iglesia se acomoda.

Que haya aún guerras, es la vergüenza más grande de la cristiandad, pues la guerra es el mayor de todos los males, y este oprobio recae sobre todas las naciones cristianas. La Iglesia anglicana admitió, en la Conferencia de Lambeth, en 1930, que la guerra era incompatible con la enseñanza y el ejemplo de Jesucristo. Ese principio fué confirmado en Amsterdam en 1948. Pero en Berfast, el Arzobispo de Cantórbury rehusó discutir un mensaje de los Cuáqueros que declaraba que "toda preparación para la guerra y las guerras que hacen estragos ahora en Madagascar y en Corea son contrarias a la voluntad de Dios". Es verdaderamente lamentable que todas las cuestiones que tocan a la paz o al sexto mandamiento sean descartadas deliberadamente por los dignatarios de la Iglesia. Con todo, la Iglesia debe saber que ese mandamiento constituye una base esencial del cristianismo. Me atrevo a afirmar que si, desde el principio, hubiera insistido sobre la importancia y la gravedad de ese sexto mandamiento, la paz reinaría a la hora de ahora en todo el mundo.

Si nuestra religión tiene algún valor, debe de tener alguna influencia en todas las actividades humanas: en nuestros placeres, nuestras diversiones, la literatura, la jurisdicción, el comercio, las relaciones internacionales. Por todas partes debe estar presente. La verdad es que el cristianismo, entre otros, no es nada más que una simple etiqueta. Somos cristianos, ¡sí! De nombre. Pero el cristianismo es de hoy más una religión sin vida. Para la mayor parte no es nada más que un barniz superficial. No practicamos las enseñanzas sino en cuanto nos conviene.

La Gran Bretaña nunca ha sido cristiana, aunque esta religión penetrara en ella en el año 597. Es de lamentar que la Iglesia haya perdido ahí su autoridad moral. Su enseñanza se ha hecho insípida. Le hace falta volver a las simples lecciones del Señor. Los verdaderos principios de Cristo han sido ahogados por los dogmas que a juicio de los intelectuales han perdido todo sentido común. A fuerza de ortodoxia, la enseñanza de la Iglesia ha perdido toda vitalidad. Grande es su responsabilidad en el desencadenamiento de las guerras. Y también en creer que se puede arbitrar los conflictos internacionales por medio de la guerra y que los armamentos puedan conducir a la paz. Ahora bien, yo desafío a cualquiera —eclesiástico o no— a que me cite un solo pasaje del Nuevo Testamento que dé una sanción moral a la guerra. Antes de que sea demasiado tarde, dejadme lanzar un grito de alarma: hay que sacar el cristianismo de su apatía y de su apostasía; hay que afrontarlo a sus responsabilidades ante la guerra. A levantarlo la opinión pública a tal grado que los hombres de Estado de quienes dependen los destinos de las naciones comprendan en fin la necesidad de renunciar a la guerra y a la circunscripción, de acabar con esas abominables prácticas, de abolir, en fin, toda clase de armamentos. ¡Ojalá pueda mi propia patria dar tal ejemplo!

Yo me doy perfectamente cuenta de la violencia de esta diatriba contra la Iglesia. No tengo de ninguna manera la intención de emprenderla con la religión cristiana en sí misma. Este artículo, al contrario, pretende demostrar que esta religión jamás ha sido puesta en práctica. Un escritor inglés, G. K. Chesterton, ha dicho: "No es exacto pretender que el cristianismo haya sido puesto a prueba y que ha resultado que se ha encontrado demasiado difícil y nunca se ha practicado".

LA VIRGEN ROJA:
LUIA MICHEL

Prólogo de Liberto CALLEJAS (1)

II

"LA COMUNNE"



Luisa Michel en un grabado en madera de G. Delatousche

El movimiento de la Comunnne va ligado a la vida intensa de "La Virgen Roja". Desde aquellos días de la llamada "Semana Gloriosa", han pasado ochenta y dos años, "La Comunnne" fué vencida, disuelta, y la mayoría de los "Comunnards" fusilados.

En agosto de 1870 Luisa contempla el panorama de Francia, que después del esfuerzo de la sangre del pueblo en la gran revolución, desemboca en una situación de reformismo y de conservadurismo. El Imperio ha dejado un sedimento de odio en todos los corazones que vibran al impulso de un falso espíritu de revancha contra las tropas invasoras.

París vive bajo la doble amenaza del hambre y la revolución. El pan, una mezcla de arroz y de avena, ha sido racionado: 300 gramos por familia. La carne de caballo a 30 gramos por persona. El pueblo come cualquier cosa. Las ratas se venden a dos francos cada una. No hay leña ni carbón para aplacar el frío intenso. El vino se hiela en los toneles. Los niños mueren de inanición, los viejos de debilidad. Toda una legión de espectros llora y amenaza...

Y, en medio de este cuadro horroroso, los falsos revolucionarios, los políticos de toda laya se aprovechan de la situación para extorsionar a las multitudes y ahogar en flor todo sentido de redención popular. Gambetta traiciona sus propios pensamientos, Bazaine capitula en Metz, sin combatir siquiera, entregando a los alemanes todo el ejército del Rhin; Jules Favre, J. Ferris, son colaboradores del extendido de Cahors, y más tarde, servidores del general Trochu. Los derechos del hombre y del ciudadano, se-

llados con la sangre de los desarrapados, ya no existen. Estalla la revuelta y sube al poder una bestia feroz, un hombre sin entrañas: Thiers. Este chacal es el exterminador de "La Comunnne". Teófilo Gautier, el gran escritor, narró lo siguiente a raíz del momento represivo de "La Comunnne": "ESTOY LLENO DE HORROR. SOLO TENGO UNA NECESIDAD, Y ES LA DE TENDERME DE ESPALDAS Y DORMIR. SI YO CONOCIESE UN BUEN TURCO QUE AMASE LOS VERSOS FRANCESES, IRÍA CON EL A CONSTANTINOPLA Y ALLÍ ME EMPESARÍA EN OLVIDAR QUE PERTENEZCO A LAS RAZAS QUE MATAN, QUE INCENDIAN, QUE ROBAN Y QUE DICEN: 'YO SOY LA CIVILIZACIÓN', MIENTRAS QUE NO SON OTRA COSA QUE LA BESTIALIDAD Y LA FEROCIDAD".

¡Cuántas heroicidades, cuántos actos sublimes no se han llevado a cabo antes de que fuera sofocada "la Comunnne"!

Rochefort, Jules Vallés, Bridau, Brisset, Vermorel, Rossel, Rigault, W. Morris, el mismo Bakunin y Victor Hugo. Toda esa pléyade de combatientes acusan los crímenes del enano Napoleón, las tiránicas disposiciones de Gambetta y las atrocidades de Gallifet y de Thiers.

Luisa Michel se multiplica. Al frente de una gran multitud de compañeros entra en el Ayuntamiento parisién pidiendo armas. Preside el Club de Justicia de Paz en Montmartre y recorre las barricadas de Belleville, de la Vilette, del Foubourg Saint Antoine, de todos los barrios obreros de París. Donde hay una piedra para parapetarse, allí está ella, fusil en mano, alentando a los luchadores.

Es el corazón palpitante del movimiento insurreccional. Es todo un ejemplo y todo un sacrificio.

El 18 de marzo de 1871 es proclamada la Comunnne. Luisa lanza su primera exclamación libertaria: "TODO PODER, EN CARNA LA MALDICION Y LA TIRANIA; POR ESO ME DEOLARO ANARQUISTA".

Pero el carnicero de Versalles vigila, París y con él "la Comunnne", sucumben bajo las horras de Mac Mahón y de Gallifet. Luisa Michel empieza a subir la cuesta del calvario. Presidios, cárceles, consejos de guerra... Un martirio perpetuo, un dolor inenarrable. El espectáculo de la represión sanguiñarja es atroz. Treinta mil insurgentes caen en la batalla, mil sentenciados a muerte, diez mil condenados a presidio y a la deportación. Peré Lachaise es una tumba inmensa. En la antigua Lutecia reina un silencio de muerte.

"LA FEA"

Luisa Michel era físicamente fea. ¡Es la fealdad física un estigma, una afrenta para el que desgraciadamente la posee? Creemos que no. Hay otra fealdad más ominosa en el ser humano: la fealdad del espíritu, de la conciencia. El refrán popular, "el rostro es el espejo del alma" es un refrán completamente incierto. Gimplayne, el personaje famoso de "El Hombre que Ríe", de Victor Hugo, tenía la cara contrahecha; un rictus de dolor atravesaba su boca enormemente alargada y cicatrizada. No obstante, ¡cuán grande, luminosa y ardiente era su conciencia! Quasimodo, el compañero de "Nuestra Señora de París", poseía un rostro deformado, cubierto de arrugas; y unos ojos de mirada torva, simiesca. Pero Quasimodo era un niño, de alma candorosa, incapaz de producir el mal, sentimentalmente humano. Nunca hay que medir la pasión ni la bondad del hombre por su contextura y rasgos físicos. Hay que auscultar su corazón, pulsar su conciencia. Estos son los atributos más hermosos del hombre. Y de la mujer.

Laurent Taillhade, gran maestro de la pluma, hizo un retrato soberbio de Luisa Michel. Nadie

ha sabido captar tan bellamente los rasgos peculiares de la gran revolucionaria: "Un rostro de rasgos masculinos, de una popular fealdad, cincelado a golpes de hacha en el corazón de una madera más dura que el granito; una máscara de Euménides iluminada por los ojos más bellos del mundo, ojos de ternura y de limpieza; una frente ovalada de poeta o de profeta y, plantadas sobre las lívidas sienes, las pesadas bandas de cabellos grises; un rostro enérgico, pese a los trazos de las arrugas que el tiempo grabó. Rasgos excesivos, a la manera de Zurbarán el viejo. Fealdad, sí; pero fealdad a lo Mirabeau, a lo Rienzi, a la Danton, que subyuga a las multitudes, fealdad que ilumina de espíritu, con el brillo de la llama interior centelleando de genio y de bondad. Tal era Luisa Michel, La Virgen Roja, bastarda gloriosa, luchadora heroica de la heroica idea de libertad..."

Si Rusiñol, bohemio catalán, poeta, pintor y dramaturgo, hubiera visto de cerca a Luisa Michel no habría pensado nunca en escribir aquel drama sombío: "La Fea" que, gracias a las razones convincentes que le expusimos algunos compañeros, retiró de la escena para siempre.

EL ULTIMO ALBIGENSE

Los albigenses, como saben hasta los párvulos, fueron una secta hereje del Albigeois, antigua comarca del Languedoc, correspondiente a la "Civitas Albigenisium" galarromana. El Papa Inocencio III dispuso contra ellos, en 1208, una campaña de exterminio que encomendó al veterano cruzado Simón, conde Montfort quien actuó bajo las órdenes de Luis VIII, que dirigió la masacré al fin del reino de su padre, matanza que, cuentan las crónicas, no había de terminar hasta la regencia de Blanca de Castilla. Casi todo el Mediodía francés, Albi, Muret, Carcassonne, Beziers, a excepción de Toulouse, que resistió valerosamente, sufrió la ley del vencido tan cruelmente aplicada por la rencorosa Iglesia medieval a los disidentes.

Entre las herejías de los albigenses figuraban sus negaciones del dogma de la encarnación y resurrección; su desprecio de los sacramentos, del culto externo y de la jerarquía eclesiástica; sus diatribas contra el relajamiento moral y corrupción de las prácticas de la Iglesia.

Si recurrimos a este breve esbozo es para poner prólogo a lo siguiente: Hace unos cinco años que el actual profesor de matemáticas del colegio técnico de Albi, Henri Dubois, ingresó en su nueva parroquia, situada en un grupo de pueblos pirenaicos, como padre Dubois. Frecuentemente sus sermones se daban de cachetes con el dogma: "Las Escrituras, y no la Iglesia, son la verdadera fuente de la verdad", afirmaba, y evitaba hablar de las iras de Dios, o desde el púlpito soltaba al respecto lo siguiente: "Por qué atribuir a Dios el pecado capital del odio?" O contra el adorno frívolo de los altares: "Cuando adornáis el altar con flores le priváis de su belleza original". Contra las procesiones: "Me siento profundamente apenado por el neopaganismo de las masas". Sobre la Asunción de la Virgen María, proclamada por la Iglesia en 1950: "Creo sobre la Virgen María cuanto contiene el Evangelio; pero creo más en la eficacia del ejemplo que en las leyendas de la Edad Media".

Tales herejías llegaron pronto a oídos del octogenario cardenal Saliege, arzobispo de Toulouse, que emplazó al rebelde a la conciliación de rigor. Este respondió con una filípica de 73 páginas contra el celibato. Un día del pasado otoño el abate Dubois subió nuevamente al púlpito para leer a sus feligreses la carta de excomunión del cardenal por la que se privaba al rebelde de todo ejercicio activo y pasivo en los sacramentos.

Los feligreses de los siete pueblos de su parroquia dieron su adhesión al herejarca e hicieron no pocas excursiones a la sede cardenalicia con el sano propósito de desarraigar el ceño al purador. Vano empeño, con mayor motivo si se tiene en cuenta la torpeza determinación del hereje en predicar su nuevo dogma y echar leña a la hoguera. Total, que Henri Dubois colgó los hábitos para ingresar en la iglesia protestante reformada.

Ningún conflicto religioso ha conmovido tanto a la Francia pirenaica como el que acabamos de reseñar. A estas horas estará reflexionando monseñor Saliege en la caducidad de los tiempos heroicos, aquellos de Inocencio III, de Luis VIII y de Simón de Montfort, en que se montaba una cruzada por un quitame allá esas pajas; y pensará también monseñor Saliege en la fama ¡ay, olvidada! de cierta plazuela de Toulouse, la primera en que sufrieron escarmiento, retorciéndose como chuletas a la brasa, los herejes condenados a la hoguera.

JOSE PEIRATS

CLINICA MATER

Ofrece los cuidados del PRE-NATAL y la ATENCION AL PARTO EN CONDICIONES ventajosas. — Consulta diaria en la propia Clínica.

Médicos Directores: Drs. Terán Vals, Urpi Rodríguez.

TELEFONOS 1734 — 1558

EL GRAN AMOR DE LUISA

Bourget ha escrito: "TODOS LOS APETITOS HUMANOS ES. TAN CONTENIDOS POR LAS BARRERAS SOCIALES, SOLAMENTE EL AMOR PERMANECE IRREDUCTIBLE, COMO LA MUERTE, A LAS CONVENCIONES DE LA HUMANIDAD".

El amor es un sentimiento natural, irresistible, cuyas luchas contra las leyes y los hábitos sociales son fecundas en agudas crisis reveladoras de la energía de los caracteres y, frecuentemente también, de su bestialidad, de su maldad. El amor, es y aparece irreducible al artificio. Tolstói abominaba el amor carnal; Ibsen lo intelectualizaba; Mirabeau lo despreciaba; Lamartine y Dumas, lo espiritualizaban; Pierre Louys lo descarnaba; D'Annunzio lo rebajaba al rango de un vasallaje; Zola lo convertía en carne desnuda y palpitante de deseos incontinentes.

Luisa Michel tenía del amor un concepto claro y preciso. El amor, es para ella: UNA FUNCION DE TODAS LAS FUNCIONES QUE SE CONFUNDEN CON LA VIDA ENTERA. VEGETATIVA, EMOCIONAL E INTELECTUAL. Una bella teoría exacta del amor.

Luisa, que no vivía para sí misma, sino para todos, no podía dar su amor a un solo hombre. Su gran amor era para toda la especie humana. No tuvo tiempo para dedicarse a la vida conyugal, pues consideraba que su hogar era el mundo entero. Tampoco era feminista en el sentido arcaico y petulante de esta función. Decía, lisa y llanamente, que LA MUJER TIENE LOS MISMOS DERECHOS Y DEBERES QUE EL HOMBRE, amplia concepción libertaria de la vida. No estaba de acuerdo con Malthus, pero, queriendo sufrir ella sola el dolor de todos, no se entregó a ningún hombre. Fue virgen hasta la muerte. No obstante, su amor de mujer, callado, silencioso, sin ridículos ni coquetuerías —amor espiritual más que carnal— giró en torno de un compañero de luchas: Ferré, a quien vió morir, alta la frente, ante un pelotón de ejecución. Consideraba a Ferré casi una prolongación fija e inalterable de su propia vida.

Pero, como hemos dicho antes, su pasión amorosa era universal. ¡Un gran corazón que latía incesantemente para toda la Humanidad!

Liberto CALLEJAS

(1)—Véase — N° 23 de "EL SOL"

PUNTO ROJO
Si es
JABON

VISITE LA CASA BLANCA

en ALAJUELA

Ofrecemos el surtido más grande en artículos de cocina,

electricidad y ferretería en general.

CONSULTE NUESTROS PRECIOS

LIBRERIA E IMPRENTA
LAS AMERICAS

AVENIDA CENTRAL, Tel. 2038, OFRECE VARIADO SURTIDO DE OBRAS SOBRE MEDICINAS EN GENERAL

Y LOS ULTIMOS MODELOS DE PARKER Y SHEAFFERS

Doctor
MARCIAL RODRIGUEZ CONEJO

Medicina y Cirugia

ALAJUELA

SASTRERIA

Jesus López

Alajuela

Comestibles - RICO

Teléfono No. 156

ALAJUELA

IMPRENTA
VARGAS

150 yrs. al Norte del Gran Hotel Costa Rica.
Tel. 6029 — Apdo. 1534
SAN JOSE. — COSTA RICA

EL SOL

DIRECTOR

J. N. Mourelo

SUB DIRECTOR

Lic. Antonio Arroyo Alfaro

ADMINISTRADOR

Alfredo Moya Fernández

ALAJUELA

AGENTE DE ANUNCIOS

Felipe González Drets

TELEFONO: 2402 — SAN JOSE

CORRESPONSALES

NARANJO

Dr. Eduardo Gómez Meza

SAN RAMON

Emel Salas

GRECIA

Lic. Miguel Angel Fallas

CIUDAD QUESADA

Jesus Hidalgo

SAN PEDRO DE POAS

Lic. Manuel Sclera Viquez

OROTINA

Don Belisario Gutiérrez Chaves

TURRIALBA

Arnoldo Núñez

JUAN VINAS

Anibal Amador

PUNTARENAS

Librería Bolaños

Prof. Ulises Delgado Aguilera

NICOYA

REPUBLICA DE EL SALVADOR

José Napoleón González

Mexicanos, San Salvador — Repú

blica de El Salvador.